

EN ORBITA



130 muertos en Orly

DIAS DE TRAGEDIA

Parece haber épocas en el año señaladas por el destino con el signo de lo trágico; semanas propicias a las catástrofes, como si algún extraño designio concitara sobre ellas los innumerables factores incontrolados, que juegan un papel decisivo en nuestra vida.

En unos días se han sucedido las noticias nefastas, las inscabables listas de muertos, las fotografías que presentan ese desorden sereno y silencioso que define los grandes sucesos catastróficos. Cerca de Milán, un choque de trenes ha ocasionado sesenta y dos muertos y muchos heridos. En Turín pasan de una decena las muertes causadas por una explosión. En Orly, aeropuerto de París, un «Boeing» se estrella en el momento del despegue; dramático resumen: ciento treinta muertos. Solamente

dos muchachas, las azafatas al servicio de los viajeros desaparecidos, podrán relatar la experiencia de ese segundo último.

KENNEDY: CUMPLE AÑOS Y DISGUSTO

Todo el mundo sabe que Kennedy fue elevado a la más alta magistratura de su país por el crédito ilimitado que le otorgaron aquellos que creyeron en la eficacia de la acción de la juventud. Ahora, cuando el presidente cumple los cuarenta y cinco años, el tema de sus muchas vitales posibilidades vuelve a la actualidad y el debate sigue abierto.

Hemos decidido presentarles al joven presidente en esta familiar escena de cumpleaños, sonriendo a un nuevo John Kennedy, que en su infantil corrección por el despacho en que día a día se fabrica la historia, parece constituir una afirmación de continuidad y de esperanza. Por lo demás, diremos que el acon-



el presidente se enfada



EXPOSICION NACIONAL

UNA de las quiebras mayores para entender las Exposiciones Nacionales, es pedirles lo que ellas no tienen obligación ni propósito de conceder: la verdad del hacer español de las artes y la infalibilidad de sus aciertos. Las Exposiciones Nacionales no son —en su verdadera función— más que centros de reunión de determinadas creaciones artísticas españolas —aquellas que voluntariamente se envían al certamen—, y por las cuales y en torno a las cuales se juzga de sus aciertos y quiebras, premiando a unas y condenando a otras al olvido. Como las Nacionales no son exhibiciones de lo mejor del arte español, sino de lo mejor —por lo menos en teoría— de lo que a ellas se manda, sus limitaciones no pueden asombrar al contemplador curioso. Otra cosa sería si la concurrencia se obligase a la invitación de aquellos a quienes se da consideración de figuras capitales del arte nacional. Sería entonces natural opinar sobre los aciertos y yerros de los encargados de tales invitaciones. Las Bienales acostumbran a ser por invitación, las Nacionales por selección de obras enviadas. El matiz parece pequeño, pero los resultados son, en sus diferencias, muy grandes.

¿Habrá de ser buenas las Nacionales? Siempre es cuestión de fortuna. La costumbre, que crea ley aquí, hace que la concurrencia mayor salga de las gentes más necesitadas de apoyo. El artista famoso, aunque sea un viejo favorecido por las recompensas oficiales, difícilmente somete a comparación su obra con la de los recién llegados al Certamen. Esto impide un recuento eficaz del acierto o desacierto de los galardones concedidos en el pretérito, en el propio crisol de las Exposiciones Nacionales. Y a la ausencia de estos artistas consagrados se habrá de sumar las de aquellos que, por las causas que sean, renuncian al en-